

# UN PROBLEMA SOCIAL

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

—No puedo retener a mis hijos en la casa. Acabando de comer se escapan y eso, cuando se ha logrado que lleguen a la comida, porque generalmente cuando ya estamos en la mesa suena el teléfono: "dice don fulano que se queda en el Club". Es imposible conseguir a los hombres en la casa, por las noches. Parece que les expulsaran a la calle.

—¿Aún en el invierno?

—Lo mismo que en el verano.

—¿Y qué atractivos les ofrece usted?

—¿Y le parece poco? ¿No deben los hijos quedarse con su madre, con sus hermanas, para conversar un rato?

—Parece natural; pero...

—Pero es que la juventud hoy día no quiere el hogar ni la familia. Prefieren irse al Club, rodar por los teatros y uno no sabe más o no debe saber más.

Y ha venido el agrado, o desagrado, de conocer por las noches el hogar en el cual esta buena y distinguida señora lamenta cada día la desertión de sus hijos. Y estoy por dar la razón a los hijos. A decir verdad ese es un hogar sin fuego, es decir, un hogar muerto. La madre se ha dejado envejecer antes de tiempo, es decir ha envejecido de espíritu antes de cesar de ser mujer. No trata de colocarse en la edad de sus hijos, en la concepción de la vida que tienen sus hijos, en el mundo que frecuentan sus hijos para poder influir sobre ellos y gularles con corazón y con talento. Nada de eso. Ella les presenta un dilema sin salida: o conmigo o contra mí, y como los jóvenes no pueden estar en todo con ella, les obliga a estar contra ella.

—¿Y no habría un término medio, señora?

—Ninguno; yo no transijo. Quiero que mis hijos piensen como yo pienso, porque a mí me educaron en el temor de Dios y en el cumplimiento de mis deberes, sin con-temporizaciones.

—Excelente! Pero recuerde Ud. si a los

veinte años usted pensaba como hoy. No es posible que vuelva usted a los veinte años; pero trate de volver a los treinta señora, créame usted!

Acabando de comer, el padre se queja de los negocios y de la mala cosecha y del gobierno; la madre cabecea y se duerme. Las chicas pretextan un dolor de cabeza, cuando no hay cinematógrafo en perspectiva, y se van a acostar por poder leer en la cama. ¿Que hacen las muchachas? ¿Qué pueden hacer? No hay una luz en el salón o en el hall y... y esto es lo principal, no hay una chimenea ni una estufa en toda la casa. Es necesario andar y vuelan a la calle. Necesitan luz, movimiento, alegría y van a buscarla.

En materias de intimidad doméstica faltan, en la generalidad de los casos, muchas cosas indispensables: muebles cómodas, revistas, conversación femenina agradable, música y fuego. Si señoras, fuego material, tizones encendidos, carbones y, si esto no es posible, aunque sea una modesta estufa belga de parafina.

En pocas cuestiones la rutina resultaría hablar más alto, que en la calefacción de las casas, oigamos las objeciones de esas señoras que tienen ideas formadas y arraigadas sobre todos los asuntos de la vida, ignorándolos todos. "Calentar las casas es un hábito pernicioso, da origen a las pulmonías, porque se sale bruscamente del aire caliente al frío. Una persona sana no necesita fuego en las piezas, porque tiene el calor natural. El fuego hace delicada a la gente porque se habitúa a no poder resistir al invierno. En Chile no hace tanto frío como otros países y no hay necesidad de encender chimeneas. Cuando lo pide un enfermo, basta con una pequeña lámpara de petróleo".

Estas señoras que sostienen que nuestro clima es suave y que se goza de mejor salud exponiéndose al crudo frío de la estación invernal, andan dentro de las piezas

entropajadas y con los pies helados; duermen por la noche bajo una montaña de frazadas, abrigos y reciben en su salón mucho más helado, por regla general, que la calle misma, con la nariz amoratada y una gota de romadizo en su extremidad.

Las personas civilizadas que mantienen sus casas en una temperatura tibia y uniforme van con blusas, con los brazos descubiertos con las mangas de encajes, con aire limpio y sano, duermen con la misma ropa la calle se abrigan especialmente. ¿No es esto más lógico? Quien vive en su casa abrigado durante el invierno no sufre de los pies helados, no se resfría, no teme al baño matinal, resiste mucho mayor la temperatura exterior porque hace reserva de calor en su cuerpo. En el salón de la casa helada las visitas están cubiertas por sus abrigos, no pueden despojarse de ellos porque, obligados a permanecer inmóviles en una atmósfera de hielo, se resfriarían. En cambio los que llegan a la casa tibia, dejan las pieles, capas y sobretodos en el vestíbulo temperado y entran al salón en cuerpo, como la buena crianza lo manda. Es falso de toda falsedad que la persona que sale de una atmósfera tibia a una helada se resfría, ya que está en su mano evitarlo y si no lo hace no hay que echar la culpa de la enfermedad a la calefacción sino a la utilidad de quien no ha tomado

las precauciones elementales. En la pieza abrigada uno está con poca ropa; al salir a la calle se coloca el abrigo y se abotona. Sentirá entonces un gran bienestar, y mientras a su lado van temblando los que pasan el día entero en habitaciones heladas, él sufrirá mucho menos de la temperatura exterior. Es falso de toda falsedad que el clima de Chile no necesita calefacción en las habitaciones. En todas las ciudades del país que no están en la costa, o en la parte norte, hace mucho, muchísimo frío, con la circunstancia agravante de que los cambios de temperatura son bruscos, grandes y muy frecuentes. Si la casa de Chile es abierta y helada, ha sido a causa de la pobreza del país, que edificó más para el verano que para el invierno, ya que el verano es entre nosotros más largo que el invierno; pero el brasero de plata o cobre no ha dejado de usarse años en ciertas casas de pobres. En Chile hace frío, y tanto, como en países que mantienen los interiores en altas temperaturas en el invierno. Es falso, de toda falsedad, que las personas habituadas a tener fuego en sus casas se hagan delicadas y poco aptas para resistir a los rigores del frío. En los países

en que se mantienen más calientes los interiores, es donde jóvenes y viejos hacen más ejercicio en las nieves y alcanzan vida más larga sin endurecimiento de las arterias y enfermedades cardíacas. Donde el hogar es más tibo y abrigado, es donde se patina más y se desarrolla el turismo en las montañas; tareas que darían atroces neuralgias a los hombres y mujeres de este país que se han criado en casas abiertas, húmedas e inhospitalarias. Son muy diversos fríos, el que debe soportarse inactivo en el interior, o el que se afronta en pleno movimiento al aire libre. Aquel enmohece, enerva paraliza, entorpece la circulación; ésta la estimula, la azota, la acelera. Por esto también es falso,



La madre se ha dejado envejecer antes de tiempo





*Las personas civilizadas que mantienen sus casas en una temperatura tibia y uniforme*

de toda falsedad que una persona sana no necesita del fuego porque tiene el calor natural.

Si la persona sana se mueve puede estar desnudo en la nieve sin peligro; pero si debe permanecer sentado entre cuatro paredes terminará su vida antes que cualquiera otra. El calor es la vida; es inútil y egario. Cuando se quiere decir que un hombre ha muerto, se dice: "está ya frío".

Los extranjeros, principalmente esos que no han sido obreros o cargadores en su tierra, sufren lo indecible en los primeros tiempos de su estadía entre nosotros. Las pobres damas del cuerpo diplomático que

son invitadas a comer y deben hacerlo con vestidos descotados entran dando diente con diente a la lujosa casa donde les hacen el honor de matarles a frío lento. En cada sala se ostenta una hermosa chimenea de mármol; pero está fría, paralizada desde el día de su colocación, sirve de mesa de adorno para colocar encima el reloj y los candelabros que no sería posible colocar en otra parte: Si alguno de los invitados desliza una insinuación sobre el fuego en las casas, la señora aprovecha para pronunciar el consabido discurso sobre el dulce clima de Chile, sobre lo mal que hace el fuego a las personas y sobre una prima

que se murió en dos días a consecuencia de tan perversa costumbre.

Entretanto es un hecho que los hombres viejos de nuestra tierra van acelerar sus últimos años por el rigor de los inviernos contra el cual no toman las debidas precauciones. En todas nuestras casas tenemos un abuelo, un tío, un padre que se queja de su mala circulación, que ven llegar con terror cada invierno, y cada comienzo de primavera porque saben que están expuestos a sus dolencias anginosas o arteriales. Creyéndose hacerles un servicio, se les priva del fuego. Y así se les mata.

¿Qué atractivo puede entonces tener un hogar donde no hay fuego en el invierno y donde a menudo falta esa "pieza para estar" que es el centro de toda casa europea o norteamericana? ¿Algún conoce en Chile una familia que se reuna en la noche para estar a solas con ella misma, para leer en voz alta, para oír la música o recibir algún íntimo amigo? No; la familia se teme, desconfía de la paz sino hay testigos extraños, creer ver surgir de un momento a otro la discordia, la disputa, la escena desagradable en un objeto de exclusiva índole familiar. Generalmente en nuestros hogares falta la galantería y la educación del marido en su trato con la mujer, y por consiguiente la de los hermanos con las hermanas, y la de los hijos con sus padres. Ya lo hemos dicho en una conferencia en el hall de El Mercurio, sobre diversos puntos de socialidad: cuando un hombre se ha habilitado a imponer su voluntad, con razones o sin ellas, sobre la de las mujeres que lo rodean, pierde todo hábito de conciliación y de prudencia y vá por todas partes dando pruebas de mal carácter y poca disciplina de espíritu. Esto tiene una explicación inmediata en las relaciones de la familia, la discusión y la disputa, la falta de prudencia y de educación, estallan inmediatamente por los más mezquinos asuntos.

La vida familiar está gravemente resentida entre nosotros. La escuela y la cátedra eclesiástica deberían ocuparse con más in-

tenidad de este tópico que a base elemental de civilización y de cristianismo. La familia es la primera célula del Estado, y si ella se resiente, la colectividad no puede marchar con más perfección.

Cuando echamos de menos una idea cívica más intensa en la juventud, estamos lamentando en realidad los defectos que el individuo adquiere en el hogar. Si desde los primeros años se vence la inclinación del niño a ocuparse exclusivamente de aquello que le conviene a él solo, y entrar a apasionarse por lo que interesa a toda la familia, habremos puesto en su alma la semilla de la abnegación por la colectividad sin la cual no hay vida pública progresista y honrada. Si, por el contrario, la familia se inclina ante el egoísmo del niño que se preocupa de sí mismo y que exige aún que los demás contribuyan a la satisfacción de sus caprichos, se habrá formado un ciudadano inútil, antipático, loco, que no sentirá respeto por la comunidad y que solamente se ocupará de sus ambiciones y de coronarlos con el éxito, la influencia y la fortuna.

La vida de familia debe enseñarse en la escuela y debe practicarse en la casa. Para que aquella la enseñe debe conocerla. Para que ésta la fecunde en la práctica debe contar con una madre inteligente, un padre educado y galante con ella, un centro común hospitalario a luz y fuego durante las noches y los inviernos.

En Europa son esas ricas familias las que han creado los grandes artistas, los sabios, los músicos, los héroes. En esa atmósfera tibia, aún en la rudeza de los grandes pensadores y de los creadores del arte y de la ciencia. Ese niño que en vez de rodar por la calle, reclina la cabeza en el pecho de la madre está creciendo noblemente; ese adolescente que en vez de ir al Club, abre un libro sobre la mesa y recorre los términos del viaje misterioso, se nutre para la vida; ese hombre maduro que entorna los ojos y sonríe al cuadro de paz de su hogar, descansa y se reposa de su jornada de trabajo.

J. DIAZ GARCÉS.

